

(La soledad está en la distancia)

Pedro es un individuo cuyos valores morales son intachables: es honrado, creyente y amante de su familia. Trabajador, nada perezoso, cumplidor con las responsabilidades que su humilde condición le imponen. Y también fiel y leal para los que confían y viven con él. Viene de familia de siete hermanos todos a imagen y formación de sus padres. Trabajadores en el campo o en la ciudad, en cualquier lugar y donde haya un sucre que ganar. Dada su humildad de nacimiento, cursó los estudios primarios en su verdadera Universidad: la vida, las calles, el trato con los compañeros de trabajo y con toda aquella gente que de una u otra forma se relacionaba con él.

Es un hombre de mente muy despierta que capta rápidamente los conocimientos que su ambiente le enseña. Así, ha trabajado tanto de albañil como vendiendo baratijas en la calle, junto a los semáforos, buscando unas monedas para llenar su vacío bolsillo y llevar a su casa dinero para cubrir las perentorias necesidades de la familia.

Creció en el asfalto. A la intemperie, viviendo la vida a cielo abierto. Trabajando aquí o allí. Donde alguien reclamase un trabajador él siempre estaba presto a aceptarlo sin condiciones. Su situación no le permitía exigir. Solo trabajar y cobrar los sures por su trabajo. También trabajó de vendedor ambulante. De ordenanza de oficina, de limpiabotas y lo que más le gustaba, de guía turístico.

Cuando podía hacer de acompañante de turistas. Conociendo la ciudad como la conocía, esa labor le agradaba. Una gran satisfacción le invadía porque se comunicaba con la gente. Cualidad muy destacable por su carácter extrovertido. Además aprendía a conocer palabras

sueltas de algunos idiomas, que en algún momento podrían serle de utilidad. Su afabilidad y facilidad de expresarse en su idioma materno: el español, con alguna que otra expresión en inglés, le estaba otorgando una cierta popularidad entre sus compañeros que en principio creyeron que trabajaba como guía autorizado. Cuando descubrieron que actuaba por libre. Sin titulación oficial. Le denunciaron como intruso y debió pasar varios días detenido por realizar un trabajo sin autorización, más una multa que no pudo pagar. Obligación ineludible, sustituida por trabajos no retribuidos de carácter social.

Actualmente, la situación se hacía cada vez más difícil. La crisis económica empezaba a notarse en el País. Disminuía la oferta de trabajo. Cada día era más complicado encontrar un puesto de trabajo de cualquier naturaleza y percibir un sueldo. Por eso Pedro, diariamente, deambulaba por las húmedas callejuelas del cercano Puerto que había recorrido miles de veces, esperando hallar una tarea que ocupase su tiempo y proporcionándole dinero. Pero ya estaba harto de escuchar el NO rotundo que le sumía en un profundo desasosiego. Esa precaria situación impedía el sustento de su familia. El asunto estaba muy complicado. Son muchos los hombres en paro que buscan remedio a su situación económica, aún haciendo en el puerto unas horas mal pagadas. Cargando y descargando mercancía de los barcos, resultaba imposible obtener alguna retribución suficiente, aunque fuese de forma provisional, para mantener su casa.

Como tantos otros compañeros de miseria, mendigaba por las calles más céntricas de Guayaquil. Realizando incluso la limpieza de los parabrisas de los coches que se paraban en los semáforos. Vendiendo artículos de pequeño valor, como pañuelos de papel o cerillas. Pero aún en esa actividad existía mucha competencia porque la necesidad era mucha, acumulando bastante gente con los mismos deseos. Los desempleados abundaban por todas partes buscando el mismo cometido.

Con este panorama desolador temblaba volver a su casa sin un sucre que pudiese paliar el hambre de sus tres hijos. Su mujer y él podían pasar tiempo sin probar bocado. Pero los niños son sagrados y tienen que comer diariamente, al menos una comida al día aunque no tenga mucho valor energético. Al menos que les alimente un poco y calme el apetito. Siempre tan grande.

Y en esos pensamientos estaba cuando volvía a su mente la idea tantas veces desechada, por arriesgada: emigrar del País, buscando nuevos horizontes donde encontrar trabajo bien retribuido y poder cuidar a la familia.

Su ilusión era llegar a España. Le habían hablado mucho de lo bien que se vivía allí. Y lo fácil que era encontrar trabajo. Pero dar ese paso obligaría a dejar a su familia: a los niños y a su mujer tan animosa y trabajadora, abandonar su País tan querido y admirado. Donde nació y vivió hasta ahora.

En su ciudad, Guayaquil donde creció y estudio a penas la primaria, jugó desde pequeño cerca del puerto viendo los grandes buques de carga con destino ignorado. Tenía la esperanza futura de un día embarcarse y cumplir su deseo. Pero tomar esa decisión tan grave, comportaba una medida trascendental. Caminaba solo, cuando se encontró con uno de sus buenos amigos. Vecino de barriada, que como él, volvía con las manos en los bolsillos. Sin trabajo y sin dinero.

Pasaron por delante de un bar, cuyo dueño les conocía y les daría crédito para unas copas. Una vez más, como tantas veces. Era una taberna vieja, destartalada que solo usaban los que estaban olvidados por la sociedad y apartados de ese otro mundo satisfecho y alegre. Donde la abundancia y el bienestar eran habituales.

—Nos tomaremos unas copas y después iremos a casa. Como siempre, sin nada, viendo la cara anhelante de tu famita. Esperando que traerías algo bueno para saciar el hambre.

—Pedro te noto muy desmoralizado. Amargado y con poco espíritu de superar esta crisis— le dijo su amigo.

—Esta crisis, como tú dices, dura ya mucho tiempo y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para salir de ella— respondió Pedro.

—Pues ya me dirás cual es tu solución, porque si es buena, yo me uno a ti.

—Marcharme de Ecuador hacia España. Me han comentado que allí se vive muy bien. Hay trabajo y buenos sueldos con los que poder mantener a tu familia y al cabo de cierto tiempo traerlas contigo.

Además es el mismo idioma, es la madre patria, lo que favorece la integración rápida, sin dificultades.

– Creo que te estás comiendo los sesos y esa aventura es irrealizable. No tienes dinero y el transporte hasta España es muy caro.

– El tiempo lo dirá, de momento es un sueño que podría hacerse realidad.

Salieron del bar. Mas contentos que al entrar y caminaron felices y unidos. El alcohol les hacía ver el problema resuelto. Y de esta manera entre palmadas y abrazos. Viendo el mundo de otro color, se despidieron con un saludo efusivo y alegre.

Su mujer volvería a ser la victima propicia de esta alegría. Aceptando mansamente las caricias de su marido.

Amaneció un nuevo día sin futuro. Sin saber lo que el destino pondría en sus manos. Un amanecer incierto pero con la esperanza de encontrar la solución buscada.

Para comprobar lo que Pedro piensa y siente, basta con pasear y vivir el día a día. Recorriendo los barrios de Las Malvinas, La Perimetral o el Guazno y otros suburbios. Observando las necesidades de la población y la pobreza que los envuelve.

Guayaquil, políticamente, es una gran ciudad, una de las más importantes del País. Punto económico y comercial de Ecuador, a las orillas del río Guayas que desemboca en el golfo del mismo nombre. Tomando el curso hacia el Océano Pacífico se abre, con ello, una ruta naviera que favorece el crecimiento y la prosperidad financiera del País. Su población, alrededor de dos millones de habitantes ofrece, una aparente imagen de vitalidad y dinamismo que contrasta con el nivel económico tan bajo de sus habitantes. Cuando se analizan los datos estadísticos de su economía. Visitando los barrios marginales, la impresión que se percibe es lo opuesto.

Pedro tenía tomada la decisión de marcharse. Y así se lo comunicó a su mujer. Como eran muy piadosos pensaron en hablar con el cura de su iglesia y pedirle consejo. Pedro no dejaba nada a la improvisación. Carecía de estudios pero su sentido común y su responsabilidad le obligaban a dar este paso. Pedir la ayuda de su párroco, para que éste, en su ausencia proteja a los suyos. Ni que decir tiene que el sacerdote le aconsejó que desistiera de semejante aventura. Pero dado la insistencia de Pedro. El clérigo no tuvo más remedio que prometerle que cuidaría de su familia durante su ausencia.

Su duda sobre el medio de viajar hacia España estaba el aspecto económico. Pues no tenía dinero para viajar en avión. Y la única salida que tenía, embarcar como polizón en uno de los muchos barcos que diariamente atracaban en el puerto. Siempre y cuando la suerte le acompañara, trataría de hallar aquel cuyas características de abordarlo, clandestinamente, le permitiera enrolarse en él. Además otra complicación añadida, elegir un barco que le llevase lo más próximo a su destino o muy cerca de él. Esto lo veía complicado. La mejor solución: escoger aquel, que por los datos que hace tiempo venía recabando, cumpliera con sus mejores deseos, aun con cierta su dificultad. Confiaba en el destino y que Dios le pusiera en el camino correcto.

Por algún tiempo se dedicó a pasear por el puerto. Tomando nota de los barcos que llegaban y aquellos que salían. Anotando todos los detalles que le interesaba conocer para cuando decidiera la hora de la marcha. Habló con los estibadores del puerto. Requirió datos necesarios y con gran alegría supo, que de vez en cuando, descubrían polizones a bordo, sin ningún riesgo penal. Este hecho le permitió concebir ilusiones para embarcarse en buques que, desde el puerto de Guayaquil bordeando parte de las costas suramericanas del océano Pacífico, atravesando Panamá, llegar al atlántico a las costas del África Occidental atracando en cualquier puerto de esa ribera africana. Después atravesaría gran parte del desierto del Sahara llegando a España por Libia y Argelia. Esto se calcularía una vez conocido el puerto de atraque. Otros barcos navegaban en sentido contrario por las costas sudamericanas del pacífico hasta la punta final del Continente, el extremo meridional de África, atravesando el cabo de Hornos y desde la punta extrema de ese continente recorrer toda el África negra de Norte a Sur hasta llegar al África septentrional o sahariana. Dirección Marruecos vía España.

Logró apuntarse como descargador de mercancías en el puerto. Con sueldo miserable pero trabajando tendría las mejores condiciones de conocer los barcos que hacían las rutas que a él le interesaban. Los navíos que navegaban por la ruta más larga estaban obligados por las descargas que tenían que realizar en los puertos de esa ruta, atracar sin tiempo determinado. En estos trayectos las esperas eran muy